66. LA TRAPESONDA

(libro III de *Renaldos de Montalbán*)
(1513)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Valencia, Jordi Costilla, 1513
[2] Sevilla, Juan Cromberger, 1533 (25 de mayo) [→]
[3] Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, 1541.
[4] Sevilla, Dominico de Robertis, 1543 (25 de junio)
[5] Sevilla, Juan Cromberger, 1545 (15 de septiembre)
[6] Sevilla, Jacome Cromberger, 1548 (25 de abril)
[7] Toledo, Juan Ferrer, 1558 (8 de mayo)
[8] Alcalá de Henares, Andrés de Angulo, 1563
[9] Perpiñán, Sansón Arbús, 1585

TEXTOS

1. Roldán y Renaldos de Montalván se enfrentan en el Padrón de Merlín y se salvan gracias a un milagro.

Tanto anduvo don Renaldos que llegó a la Pequeña Bretaña, e allí preguntó a qué parte se hallava el Padrón de Merlín, y fuele dicho donde estava. E tomó una guía e por unas grandes florestas anduvo tanto hasta que llegó a él. E cuando le vio, ovo mucho plazer, y aposentóse allí cerca cabe una fermosa fuente que se hazía en un prado que allí avía cubierta de una arboleda de muy gentil sombra; e allí descavalgó e arrimó su lança a un árbol, e colgó su escudo de una rama, e quitó el freno a su cavallo para que se apacentasse por aquel prado; e dixo entre sí:

-Agora veré si verná el conde don Roldán. E tres días le esperaré aquí, e si no viniere, yo dexaré aquí una señal por memoria de su covardía.

E dende a un rato quítose el yelmo y refrescóse la cara, y bevió y comió de lo que tenía; y tomóle sueño y acostóse a la orilla de la fuente, arrimando su cabeça a su yelmo; e como venía cansado, más de cuatro horas durmió allí. E no se tardó tanto don Roldán en caminar que al mismo día no llegasse al Padrón de Merlín. E ya avía dos horas que don Renaldos dormía cuando don Roldán llegó a la funete; e los cavallos que se sintieron començaron a relinchar, pero don Renaldos dormía tan fuerte que no sentía cosa ninguna. E cuando don Roldán llegó a la fuente, e vido dormir a don Renaldos, apeóse e arrimó su lança y escudo a otro

Estudio: Lucía Megías (2000).

árbol, y soltó el cavallo que pasciesse, e echóse a dormir junto a la fuente. E dende a un rato don Renaldos despertó, e vido a don Roldán que dormía fuertemente, e dixo:

-¡O, poderoso Dios! ¡Y cuánta es la bondad de don Roldán! ¡Plégate, Señor, de me dar gracia como le pueda traer a todo bien!

E dixiendo estas palabras las lágrimas se le saltaron de los ojos, e començó a dezir:

-Agora veo yo bien que don Roldán, mi primo, no ha gana de matarme, mas alguna cosa deve aver hecho el traidor de Galalón por poner enemistad entre nosotros; que si él matarme quisiera, bien pudiera cuando yo dormía e nunca por persona del mundo fuera sabido cómo me avía muerto.

Y estando assí hablando y llorando entre sí, don Roldán despertó y levantóse prestamente e dixo a don Renaldos:

-¡Ea, sus, don ladrón, aparéjate y guárdate de mí, que yo te haré que nunca más robes a ninguno!

E don Renaldos le respondió:

-¡O, noble conde! ¿Qué es la causa de tu enojo tan grande contra mí? Cata que si quieres matarme, toma mi espada y párteme por medio; o si me quieres dexar bivo, mándame que vaya a la morisma, o donde tú más quieres, que yo iré de buena voluntad, y haré guerra a quien tú mandares; e todo cuanto quisieres, haré por no aver cuistión ni batalla contigo, con tanto que no me mandes ir delante del emperador, porque el traidor de Galalón no vengue en mí.

Don Roldán le respondió:

-Renaldos, no me hables más d'essas chufas, que cumple que tú e yo nos afrontemos e ayamos nuestra batalla, porque el uno de nós quede aquí, pues sobre este concierto somos aquí venidos; e no aya más sino que te armes.

E don Renaldos le tornó a dezir:

-¡O, señor conde! Acuérdate que tú mataste de don Chiaro e después te pesó por gran tiempo de su muerte; e quiçá si agora tú me matas a mí, también te pesará; e aun yo creo que d'esto que hazes también te pesa; mas deves ser forçado para ello en alguna manera, que, si tú matarme desseasses, nunca mejor tiempo podiste tener que cuando dormiendo me hallasteis; en lo no querer hazer conozco de ti que no tienes desseo de mi muerte.

Entonces don Roldán se estrañó más diziendo:

-¡O, vil ladrón desventurado! ¿E cómo por hombre me tienes tú que avía de fazer tan gran traición e vileza, que a un hombre [dormido] avría yo de herir ni ofender. No, no, no, que bivo e armado tengo de vengar tantos males y robos que tú as hecho, e toma prestamente tus armas e cavalga en su tu cavallo, e muestra todo lo que puedes hazer.

E cuando don Renaldos vido que no le aprovechavan nada sus buenas razones, díxole:

-¡O, conde don Roldán! Pues assí quieres que sea, a Dios hago testigo de cuántas vezes te he requerido muy cortésmente por la paz, y cuán soberviosamente me as respondido. E Nuestro Señor me ayude e libre. Como yo tengo la razón y tú la fuerça, [no] quieres entrar comigo en la batalla.

Y tomó su yelmo y enlazóselo, y cavalgó en su cavallo, e tomó su escudo y lança, e don Roldán hizo lo mismo. E cuando los dos fueron a cavallo, abraçáronse y demandáronse uno de otro cuanto vieron que era menester. E don Renaldos començó de fazer oración a Nuestro Señor diziendo:

-¡O, Redemptor mío, Jesucrito, que por salvar los peccadores quesiste derramar tu preciosa sangre en el árbol de la vera cruz! Ya Tú, Señor, vees cómo mi voluntad no es de hazer esta batalla, por-

que tu sancta fe no venga en diminución por falta de nosotros; mas este león hambriento tiene tanta gana de hartarse de mi sangre que me es forçado; por que te suplico, Señor, que me des virtud y esfuerço con que me pueda defender d'él.

Y embraçó su escudo y enristró su lança e dio buelta al cavallo. El conde don Roldán assí mismo hazía su oración diziendo:

-¡O poderoso Dios! Ya Tú vees y sabes los grandes males que don Renaldos ha hecho de cada día contra los cristianos inocentes, robando y destruyendo y matando, e aun los prelados de la madre Sancta Iglesia. E yo, Señor, por lo castigar soy aquí venido, por fazer justicia d'él por mandado del emperador. Suplícote, Señor, por reverencia de tu bendita passión me des tanto poder que le pueda vencer e sojuzgar porque más males no haga.

Y luego, bolviendo el cavallo, embraçó su escudo y enristró su lança. Y cuando los dos buenos cavalleros se vieron encomendándose a Dios, ponen espuelas a sus cavallos y arremetieron uno contra otro con tanta furia que parescían dos truenos. E toda la tierra por do passavan hazían retemblar. Y cuando vieron tiempo, baxaron sus lanças e diéronse tan fuerte encuentros que las lanças hizieron bolar en pieças; pero ellos no se movieron en las sillas, e los cavallos muy furiosos passaron adelante; pero ellos prestamente los boltearon. E don Renaldos arrincó su espada Fisberta, e don Roldán su Durindana, y comiénçanse de dar tan mortales golpes que los escudos se rajavan e lumbre fazían saltar de las armas. E andavan los dos con gran furia batiendo los dientes. Y don Roldán lança su escudo a las espaldas e toma la espada con dos manos, e va contra don Renaldos diziendo:

-¡Ladrón, este golpe te pagará de cuantos males as hecho!

Y don Renaldos que vido el poderoso golpe que descargava ovo temor, e dio una gran boz diziendo:

-¡O, sacra María, valme!

E a la hora, como una sombra, se puso ant'él. Don Roldán dio tan grandíssima cuchillada en el padrón de piedra, que cuanto alcançó derribó a tierra, e assí se muestra oy día en él. Y cierto, si él alcançara a don Renaldos, no avía menester más de aquél. Pero Nuestro Señor le quiso guardar porque ensalçasse su sancta fe, como después hizo. Y cuando don Renaldos vido el gran golpe que avía hecho en el padrón, dio gracias a Nuestro Señor que assí le avía librado, e dixo a don Roldán:

-¡O, cómo eres fuera de sentido, que teniendo a mí delante te combates con las piedras!

E don Roldán estava turbado del terrible golpe que avía dado e tornó en sí e dixo:

-¡Espera, espera, que yo te diré si estoy fuera de sentido!

Y con redoblada fuerça, alçó el espada con ambas manos y aprieta las piernas a Briador y remete contra don Renaldos. Don Renaldos assí mesmo se echó el escudo atrás e tomó su espada a dos manos y arremete contra don Roldán; e los dos se juntaron a un tiempo, e se dieron tan fuertes golpes sobre los yelmos que ambos a dos cayeron de los cavallos en tierra, y dieron muy grandes caídas sobre la yerva. E assí quedaron como muertos, que ninguno d'ellos no se movía poco ni mucho, e los cavallos se fueron por el campo. Estando los dos valentíssimos cavalleros en esta manera, los seis cavalleros paladines arribaron al Padrón de Merlín, e andando mirando por el campo si los verían, los cavalleros guiaron hazia allá, e a poco rato vieron los cavallos que andavan armados y enfrenados retoçando por el campo, e ovieron gran pesar de que no vieron los

cavalleros sus dueños. E cierto pensaron que fuessen muertos, y començáronlos a buscar por el prado y halláronlos a entrambos de bocas en el suelo. E al primero que llegaron fue a don Roldán, y bolviéronle hazia arriba, e quitáronle el yelmo y cofia. Pero él no se movía ni resollava, y tenía toda la cara cubierta de una espuma sanguinosa que le salía por la boca y por las narizes. E cuando su cuñado Oliveros assí le vio, començó de hazer gran llanto por él, e dezía:

-¡Agora será contento el emperador Carlos y Galalón, que ya no le harás ningún enojo!

Y don Estolfo fue presto a la fuente y traxo el yelmo de don Roldán lleno de agua, e laváronle la cara e los ojos, y refrescáronle todo. Y don Roldán con el frío del agua tornó en sí y abrió los ojos, pero no conoscía a ninguno de los que allí estavan. Y preguntóles dó estava e luego lançó un gran sospiro diziendo:

-¡O, poderoso Dios, gracias te sean dadas que tanta merced me as fecho!

E a poco rato reconoció a los que allí estavan, y preguntóles cómo avían venido allí y que dó era don Renaldos. E don Estolfo le dixo:

-¡Veislo allí do está muerto!

E don Roldán lo miró e las lágrimas le saltaron de los ojos, e dixo:

-¡O, mi hermano Renaldos! ¡Nunca pensara que tanto me dolieras y toda mi vida seré triste y desconsolado por tu muerte! ¡Y maldito sea quien tal cosa me ha hecho hazer!

En esto los cavalleros se llegaron a don Renaldos y le quitaron el yelmo y armas, y estava muy peor que don Roldán, porque tenía la cara toda magullada e hinchada y denegrida del gran golpe, y toda llena de sangre que le avía salido por las orejas y narizes e por la boca, e no se movía ni tenía ningún spíritu de vida. E don Estolfo tomó su yelmo y tornó a la fuente y traxo agua y laváronle la cara y refrescáronle, y dende un rato abrió los ojos y con gran dolor començó a sospirar y menearse y quexarse, y encomendándose a Dios; y poco a poco ovo de tornar en sí, e conosció todos aquellos cavalleros que allí estavan, de que fue muy maravillado. E cuando vido al conde don Roldán esforçóse lo más que él pudo y levantóse e dixo:

-De aquí adelante no quiero más contender contigo en ninguna manera. E si tú me quieres matar o destruir en tu mano está, que de ti no me quiero defender ni tomar armas contra ti.

Respondió don Roldán:

-¡O, primo mío, ni yo contra ti por mi fe! Y estése el emperador en el campo e faga lo que quisiere a toda su voluntad, que yo jamás no curaré d'él en este caso, y d'esto te hago cierto.

A todos aquellos señores les plugo de la amistad de don Roldán, y de don Renaldos, y estuvieron allí hablando un buen rato. (ff. 20v-22r).

2. Las bodas de Juneto, hijo de Renaldos de Montalbán, con la hija del emperador Carlomagno

Aquella noche quedaron todos en el campo, e después que ovieron cenado, durmieron con el rey Ballano, que a fijos suyos los quería. El duque don Estolfo e madama Brandamonte se fueron a la ciudad. El emperador Carlos, con los de su consejo, dieron orden en lo que avían de hazer. El emperador embió dezir a todas las damas que para otro día de mañana todas estuviesen en orden para cavalgar con la emperatriz, e con su hija. Esta hija del emperador era muy hermosa e muy hermosa e muy graciosa de hedad de diez e seis años, e llamávase por nombre Armelina. [...]

Venido el otro día de mañana, el emperador hizo cavalgar todas las reales

damas, entre las cuales no faltó la linda Aldabella, que en el mundo no tenía par, assí como el arçobispo don Turpín escrive. El emperador con todos los doze pares cavalgó a cavallo, e todos los treinta reyes con los dos hermanos; y el conde Galalón con ellos todos en una compañía muy bien adereçados. Y como fueron junto con el abadía, descavalgaron todos, e sin engaño ninguno el emperador hizo a Amón y Juneto cavalleros. Después tomó a su fija por la mano e desposóla con don Juneto, e hízole duque de una gran señoría. El emperador estava muy contento e començóse la triunfante missa; después el emperador se bolvió a Amón, e díxole:

-Yo te hago rey de Pulla.

E de sus manos le coronó. En Calabria avía una duquesa del linage de Roger, y era señora de toda Calabria, que el emperador Carlos se la avía mandado dar para su dote. E traíale casamiento con el buen rey Ansuiso; el emperador Carlos la dio por muger al rey Amón. E dicha la missa, tornáronse a París.

Cosa demasiada sería contar aquel rico combite ni las grandes danças e bailes que se hizieron en aquellas singulares bodas, que jamás tan rica fiesta en el mundo fue vista. Venida la noche, el emperador los hizo dormir en su rica cámara, e la fermosa dama Armelina se empreñó de un hijo que llamaron Verenguer. Venida la mañana, cristianos y moros se ataviaron muy ricamente, e todos empresentaron muy ricos presentes a la linda dama de infinitíssimas joyas, perlas, çafires, balaxes, rubíes, diamantes, esmeraldas que fueron apreciados en más de un millón de ducados. Hecha la gran fiesta de Juneto, entendieron en rehazer a Montalván. Todos los grandes señores se dividieron en dos partes: la una quedó con el rey Ballano; la otra fue en Pulla con el rey Amón; e después lo aconpañaron en Calabria, donde tomó posessión del ducado; e todos los grandes señores del reino le hizieron pleito omenaje, y él les confirmó todas las tierras que tenían. Ovo de esta duquesa cuatro hijos, los cuales fueron valientes cavalleros, e hizieron grandes hechos después de la muerte del conde don Roldán e de los doze pares de Francia, que murieron por los moros de España en la batalla de Roncesvalles por la traición del conde Galalón. (f. 114v).

67. **BALDO**

(libro IV de *Renaldos de Montalbán*)
(1545)

por
Folke Gernert

TESTIMONIO

[1] Sevilla, Dominico de Robertis, 1542 (18 de noviembre) [→]

EDICIÓN: Folke Gernert (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, en prensa.
ESTUDIOS: Blecua (1971/72) y König (1980, 2000). **GUÍA DE LECTURA**: Gernert (2000).